

AUTOR: ABILIO AYUSO

SANT JORDI Y EL DRAGÓN



Esta versión de San Jordi y el dragón nos da una visión completamente diferente de los hechos que pudieron dar pie a la leyenda.

TP

Una vez me contó un viejo ermitaño, que la leyenda de Sant Jordi y el dragón, aunque con una base cierta, no se parecía en nada a la realidad que él conocía a través de antiguos pergaminos, os la relato tal como me la explicó:

Andaba el caballero Jordi de regreso a su castillo, cuando en un claro del bosque, escuchó un tumulto de voces y quejidos lastimeros, desmontó de su cabalgadura y se acercó espada en mano, hasta ver como una veintena de rufianes apaleaban brutalmente a una anciana de aspecto venerable, mientras la arrastraban a una hoguera donde pensaban quemarla viva.

Sin saber el origen de aquella tropelía, la nobleza de Jordi le hizo decantarse por la parte más débil del conflicto, así que con el arma en ristre, gritó con voz amenazadora: “Bellacos, ¿Porque maltratáis así a esta pobre anciana”.

Repuestos del primer momento de estupor, y observando que, aunque bien armado, el caballero era un solo hombre, le contestaron desafiantes: “La hemos de quemar porque es una bruja”.

“¿Que pruebas tenéis de ello?”.

Dudaron un poco antes de responder: “Bueno... A mi mujer le curó las fiebres mediante fórmulas mágicas y a este otro hizo que a su hija se le enderezara la pierna con no sé qué conjuros y aquel le hizo revivir toda la familia moribunda por la peste”.

“Por lo que me decís, solo ha hecho el bien”.

“Pero mediante brujería, por tanto, cuando se nos muere el ganado, o caemos enfermos, también debe ser ella quién lo haga a escondidas”.

“Ya dicen bien que el ser agradecido es de bien nacido, y con vosotros hijos de zorra, no es ese el caso, soltadla inmediatamente o probareis el filo de mi espada”.

“Mejor será que te marches sino quieres morir tú también, ¿O es que no te has fijado que somos veinte y tu uno solo?”.

“Un solo caballero vale más que veinte rufianes como vosotros”.

Y diciendo esto arremetió contra ellos con una furia y valor que no esperaban. Igual cortó cabezas que brazos, petos o zamarras, era un solo caballero, pero entrenado en el arte de la guerra.

El miedo y la sorpresa jugaron a su favor, al final solo quedaron con vida tres de aquellos malandrines que huyeron como ratas en desbandada.

Pasado el peligro, Jordi corrió a socorrer a la anciana que con voz muy débil le dijo: “Gracias hijo mío, mi muerte esta cercana, pero no deseaba que fuera de esta forma tan espantosa. Pero antes de morir debo concederte un don”.

“No me debes nada buena mujer, te he ayudado de todo corazón sin esperar recompensa alguna”.

“Lo sé, pero no desprecies mi regalo, porque en un futuro te será muy necesario”.

Y poniendo la mano sobre la frente del caballero le dijo: “Tu justa furia por la maldad humana, se ve limitada por los confines de tu propio cuerpo, pero antes de morir, te concedo el don de que se materialice y cobre una forma poderosa con la que puedas aplastar a tus enemigos”.

Jordi notó como si de la mano de la maga surgiera un fuego frío que le recorrió por completo y anidó en él, a partir de entonces siempre se notó diferente.

La anciana prosiguió diciendo: “Aquellos sucios cobardes que han huido no tardarán en venir con refuerzos, y esta vez estarán preparados, así que deberás utilizar el don, quítate la armadura y las vestiduras, ya que, si no al materializarse tu furia las destrozaría”.

“Pero ¿Como te voy a defender sin mis armas?”.

“En esta lucha no necesitarás arma alguna, porque la más mortífera de todas, serás tú mismo”.

Aunque la propuesta de esperar desnudo el ataque parecía descabellada, había algo en aquella mujer que le inspiraba absoluta confianza.

Dejó a salvo sus armas y vestimenta y esperó el momento que no tardó en llegar.

Un tumulto de voces se oía por el bosque, aumentando, hasta que un centenar de los hombres más siniestros que pudieran verse, aparecieron en el claro.

Al ver a Jordi desnudo, rieron y profirieron las peores groserías del mundo, hasta que su jefe dijo: “¡Basta!, ahora vamos a quemarlos vivos a los dos”.

Se lanzaron como posesos hacia ellos, y Jordi advirtió que no necesitaba hacer nada en particular. Aquel fuego que le anciana le había transmitido, explotó, notó que el suelo se alejaba unos metros de su vista, dio un paso y el suelo tembló, se había convertido en el dragón más poderoso que nunca hubiera pisado la tierra.

La horda de rufianes intentó detenerlo arrojándole flechas, lanzas, piedras y hasta hachas afiladas, pero todo rebotaba inofensivo en su acorazada piel, cuando del primer zarpazo destruyó a una docena, los otros corrieron como conejos, pero todo fue inútil. Instintivamente Jordi sabía que podía volar y arrojar un fuego que calcinaba las piedras, así que por mucho que corrieron, los localizó y destruyó uno tras otro, ya que aparte de que merecieran la muerte, no podía dejar vivo ningún testigo de su transformación.

Cuando la matanza hubo terminado, volvió junto a la anciana, solo notar su presencia bondadosa, Jordi sintió que se calmaba y se encogía, hasta quedar reducido a su antigua figura humana.

“Escucha hijo mío, utiliza este don solo para el bien y la justicia, yo no puedo ayudarte más porque estoy a punto de morir, cuando eso suceda, verás como mi espíritu luminoso se eleva. Entonces toma mis despojos mortales y deposítalos en esa hoguera para que no quede ningún rastro de mí, que pueda ser profanado”.

Así lo cumplió nuestro caballero, para después partir a lomos de su caballo, satisfecho y al mismo tiempo preocupado por su nuevo don, y con el espíritu melancólico por la muerte de la buena maga.

A partir de entonces, cada vez que Jordi observaba una terrible injusticia, que como caballero no podía enmendar, se retiraba a una cueva que conocía de niño, donde ocultaba el caballo, la armadura y la ropa, seguía por un estrecho pasadizo, hasta una enorme caverna al otro lado de la montaña, allí, sentado sobre una roca plana, dejaba aflorar toda su furia y se transformaba en un tremendo dragón alado, poderoso e indestructible, que con su fuego arrasaba aquellos lugares donde anidaba la perversión.

De regreso a la caverna, para volver a su estado humano, solo tenía que pensar en su gran amor, la princesa a la que estimaba desde niño, y de la que sabía que era correspondido.

En el fondo de su corazón, Jordi albergaba la esperanza de conseguir desposarse con la princesa, porque a pesar de no ser rico, tal vez debido a su honestidad, la tradición del país mandaba que, para desposar a la heredera al trono, todos los caballeros solteros del reino, debían enfrentarse en torneo, el vencedor obtendría la mano de la princesa.

Pero todos sabían que no había caballero capaz de derrotar a Jordi en combate, y esa fama le perdió.

Poco antes del torneo, el resto de los caballeros conspiraron contra él, contando mil mentiras y embustes al Rey, que muy a su pesar se vio obligado a desterrarle, dada la cantidad abrumadora de acusaciones.

Jordi estaba furioso por la canallada de los caballeros. El día en que se celebraba el torneo fue a su cueva secreta y materializó su ira, convirtiéndose en el dragón más terrible que nunca se hubiera visto.

Alzó el vuelo y se dirigió al engalanado campo del torneo, donde los caballeros traidores se hallaban a punto de comenzar el duelo.

Esta vez, la furia de Jordi no fue ciega, sino inteligente, tenía un plan que siguió con exactitud, se abalanzó sobre la multitud sembrando el caos, pero sin matar a

nadie, y en mitad del tumulto, tomó cuidadosamente a la princesa con su enorme garra y emprendió el vuelo.

En lugar de dirigirse rápido a su caverna, fue volando lentamente, parando en lugares altos donde fuera claramente visible.

En la primera parada, acercó su enorme boca, con dientes como sables, a la aterrorizada princesa, y con la voz más suave que le fue posible, le dijo: “No temas, soy amigo de Jordi, tenemos un plan para librarte de las garras de esos sucios bastardos que te pretenden como esposa, y que además te puedas casar con él”.

La doncella le miró incrédula y el dragón prosiguió: “Te aseguro que estás más a salvo conmigo que con aquellos canallas, pero para que el plan de buen resultado, cada vez que se acerquen las tropas del Rey, debes pedir socorro a gritos”.

La princesa hizo muy bien su papel, gritando enloquecida hasta que el dragón la volvió a tomar con su garra.

Cada vez que llegaban a nueva colina, se quedaban charlando amigablemente, hasta que las tropas se encontraban a la vista, entonces ella volvía a gritar y emprendían otra vez el vuelo.

Así hasta que llegaron a la enorme caverna de la montaña. Cuando las tropas, con el Rey al frente y los caballeros, hubieron llegado, el dragón con un rugido poderoso les dijo: “Escucha bien Rey, antes de que nadie pueda acercarse, devoraré a tu hija, escupiré su cabeza a tus pies, y me marcharé volando donde nunca me podáis alcanzar, a menos que envíes un caballero noble, capaz de penetrar solo en mi caverna y derrotarme en combate singular, pero si intentas algún truco probaré el sabor de la carne de tu hija”.

El Rey, presa de pánico y angustia por pensar en perder la que era “La luz de sus ojos” de una forma tan horrible, dijo solemnemente: “Juro ante Dios que concederé la mano de mi hija, mi reino y mis tesoros, al caballero que sea capaz de vencer al dragón y devolverme a mi pequeña”.

Los caballeros oyeron entusiasmados la propuesta, y la codicia espoleó de tal manera aquellos miserables, que el Rey tuvo que sortear quien sería el primero en subir, para que no pelearan entre ellos.

El agraciado trepó a la montaña ágilmente, pensando en la recompensa y entró en la caverna espada en mano, gritando como una bestia feroz. Cuando sus ojos se hubieron habituado a la penumbra, vio a la princesa en lo alto de una cornisa, estaba pensando en cómo subir a rescatarla, cuando percibió un profundo ronroneo a su espalda.

Se volvió mientras una voz, como un trueno le decía: “Hola traidor, te estaba esperando, te traigo recuerdos de aquel a quien hiciste desterrar con tus malas artes”.

“¿Quién eres tú criatura del infierno?”, contestó el caballero.

“Soy la furia del caballero Jordi materializada, que te va a matar en este mismo instante”, y dicho esto se abalanzó sobre él y lo destrozó con sus garras.

Apenas habían pasado unos minutos, cuando su cabeza bajó rodando por la escarpada ladera, el Rey, con el corazón encogido, pero completamente decidido, gritó: “¡El segundo, que suba, y cuidado, que es una bestia realmente peligrosa!”.

La historia se repitió una docena de veces, los que quedaban ya no subían con tanto entusiasmo, y a los últimos, el Rey, les tuvo que poner en el dilema de enfrentarse al dragón, o morir ensartados en las lanzas de sus soldados.

Mientras tanto, la caverna era una fiesta, la princesa, que odiaba tanto como Jordi a esos miserables, entretenía la espera entre caballero y caballero, haciendo apuestas con el dragón sobre quien sería el próximo que subiera y si pelearía de frente o tendría que achicharrarlo con su fuego mientras huía.

A partir del décimo inventaron un juego, se escondían ambos, y cuando entraba el aguerrido caballero, la princesa se mostraba y le decía con voz insinuante: “Ven a rescatarme sin temor valiente caballero, el dragón yace malherido por tantos combates”.

Cuando el bellaco corría hacia su botín, pletórico de codicia y deseo, se topaba con la cabeza del dragón, que con voz irónica le decía: “Hoooola, ¿Y yo no te gusto?”.

Era tal la cara de pasmo que ponían los malvados, que dragón y princesa no podían contener las carcajadas.

Cuando no quedaron más caballeros, el Rey desesperado dijo llorando: “¿No habrá en todo mi reino un valiente capaz de matar a la bestia?”.

Y alguien dijo suspirando: “Si por lo menos estuviera aquí el caballero Jordi, todos saben que era el mejor, él tal vez lo hubiera conseguido”.

El Rey contestó amargamente: “Maldito sea yo, por creer en habladurías, que tal vez solo eran fruto de la envidia, ¡Enviar rápidamente mensajeros a buscarle!”.

Mientras en la caverna, el dragón dijo: “Bien, se acabó la diversión, es hora de que venga Jordi y te rescate”.

“Que bien lo tenías organizado, ¿Y Como vas a llamarle?”.

“Sencillo, ¿Te acuerdas del beso que has perdido en una de las apuestas?, pues necesito que me lo des ahora”.

“Ya sé que lo he perdido, pero pensaba que era broma, porque besar a un dragón es un poco raro”.

“Lo sé, pero ahora es la única forma que tengo de llamar a Jordi”.

“Bien, conste que no me lo acabo de creer, pero una apuesta es una apuesta, cierra esa bocota que tienes demasiados dientes”.

El dragón cerró suavemente la boca y los ojos, bajó la enorme cabeza y la princesa, sin pensárselo mucho le estampó un fuerte beso en el hocico, diciéndole: “Es curioso, te acabo de ver destrozando a dos docenas de hombres y sin embargo no siento aprensión ni recelo de ti, es más, me siento tan bien a tu lado que si no fueras un dragón pensaría que me estoy enamorando”.

Al acabar de pronunciar estas palabras vio como el dragón comenzaba a temblar y le dijo: “No sabía que mis besos hicieran tanto efecto a los dragones”.

Al minuto siguiente su ironía dio paso al asombro, porque el dragón se estaba encogiendo, cambiando de forma y de color, hasta convertirse en una figura humana conocida.

“¡Jordi!”, gritó abrazándole entre sollozos, “Tenía que haberlo imaginado, no era normal que me enamorara de un dragón”.

Al cabo de cien besos y abrazos, ella le dijo con una sonrisa maliciosa: “¿Te imaginas que el Rey me viera así, abrazada a un hombre desnudo?”.

“Bueno imagino que me haría matar o casarme”.

“Prefiero lo segundo”, dijo ella.

Jordi añadió: “En cuanto a la desnudez... lo siento, no hacen vestimentas para dragones”.

“No te preocupes, si así estás muy bien”, Ante este comentario, el recatado Jordi no pudo evitar ruborizarse como un colegial.

“Bien, es hora de actuar”, dijo Jordi vistiéndose, quédate aquí hasta que yo vuelva a rescatarte, mientras tanto toma esta bolsa, registra los cuerpos de todos esos bellacos, y pon en ella sus joyas y monedas”.

“Ahora entiendo porque arrojabas solo las cabezas montaña abajo y dejabas aquí los cuerpos, pero... ¿Quieres decir que esta forma de actuar es digna de un caballero?”.

“Piénsalo así, sino lo tomamos nosotros lo saquearán los soldados cuando suban, y pasaremos la vergüenza de que yo no podré aportar nada a tu dote. Por otro lado, los muertos ya no lo necesitan, y además me lo deben por el mal que me han hecho”.

“Pues qué demonios, tienes razón”.

“¿Quieres decir que esa forma de hablar es digna de una princesa?”, Dijo él con ironía, mientras se perdía por las galerías que le llevaban al otro lado de la montaña, donde le esperaba su fiel caballo y su armadura.

A buen galope no le costó mucho tiempo rodear el monte, en cuanto el Rey lo vio dijo: “Gracias al cielo que estás aquí hijo mío, solo el mejor de los caballeros del reino tiene posibilidades de derrotar al monstruo”.

Después de la reverencia Jordi dijo: “Majestad, yo me enfrentaré a la bestia, pero os pido hacerlo solo, pase lo que pase, no permitáis que nadie suba a la caverna, hasta que yo mismo descienda con la princesa, o mi cabeza sea arrojada como la de los demás, “Tienes mi palabra real de que así será” sentenció el Rey.

Jordi subió a la caverna, donde la princesa que le aguardaba impaciente dijo: “Ahora bajamos y me has recatado ¿verdad?”.

“No será tan fácil, antes hay que matar al dragón”, Dijo mientras comenzaba a desnudarse entre las bromas y piropos de la princesa.

“¡Silencio!, ahora debo concentrarme en cosas que me pongan furioso, o no me convertiré en dragón.

Hacia ya un rato que Jordi había subido y entre el rey y los que le acompañaban había un ambiente muy tenso, por una parte era positivo que la cabeza del caballero no hubiera caído rodando ladera abajo, pero el silencio y la espera eran terribles, finalmente un rugido espantoso resonó en todo el valle, el dragón salió dando tumbos, chocando contra las rocas y lanzando llamaradas a todas partes, levantó el vuelo torpemente, topando con las ramas de los árboles y se perdió detrás de la montaña, todos los presentes arrancaron en gritos de júbilo, “Está mal herido, vamos a rematarlo”, dijeron los soldados más valerosos, pero aunque corrieron veloces, tuvieron que informar al Rey que no habían vuelto a verlo.

“No os preocupéis, habrá ido a morir al infierno de donde nunca debió salir”.

Alguien dijo: “Subamos ahora que el dragón ha muerto para ayudar al caballero y la princesa”.

Pero el Rey, recordando su promesa, dijo enérgicamente: “¡No!, dejemos que descienda Jordi solo, trayendo a mi hija”.

En la caverna Jordi llegó junto a la princesa por los pasadizos, bastante magullado.

“¿Qué te pasa?, Ni que te hubieras peleado de verdad con el dragón”.

“En cierto modo si, para dar credibilidad a su muerte, tuve que salir dándome golpes con ramas y rocas, ¿Has conseguido recuperar mucho de esos malandrines?”.

“Si, una verdadera fortuna, algunos debían llevar ya la dote preparada en piedras preciosas, y como no se fiaban ni de su madre, la llevaban encima, así que podrás ofrecer una dote regia”.

Cuando descendieron juntos a paso lento, el Rey no pudo contener las lágrimas, y dijo ante todos “Hoy Dios ha querido darme una lección que no olvidaré, si alguien vuelve a explicarme una historia sobre el Caballero Jordi, primero haré que lo decapiten por embustero, y luego ya averiguare si es cierto o no”.

Cuando Jordi se hubo recuperado de los golpes sufridos en su lucha con el dragón, el Rey preparó una boda fastuosa y se mostró muy complacido con la generosa dote aportada por el caballero: “Tomad ejemplo de mi futuro yerno, pensabais que era pobre, por la austeridad de su vida y su castillo y sin embargo, a pesar de que le hubiera concedido la mano de mi hija solo por salvarla del dragón, ha traído una dote digna de una princesa real”.

Jordi miró sonriente a la princesa y dijo: “La verdad es que nunca me ha gustado hacer ostentación”.

Luego, en un aparte con los futuros esposos, el Rey dijo: “Hijo, te entrego a la princesa de todo corazón, porque creo que realmente te la mereces, pero lo que peor me sabe es tener que abdicar, aunque no te preocupes, porque lo juré, y un Rey siempre cumple su palabra”.

Jordi se puso muy serio y le contestó: “Majestad, sería absurdo que vos que estáis en plenas facultades dejarais de ser Rey, para serlo yo, que no tengo experiencia alguna. Lo más adecuado es que yo renuncie públicamente a tal honor, y vos me nombréis solemnemente vuestro heredero al trono, a vuestro lado ya tendré tiempo de aprender”.

El rostro del soberano se iluminó: “Está claro que eres el mejor esposo que Dios me podía aportar para mi hija, eres modesto, fuerte, valiente y generoso, se hará así como deseas”.

Cuando la pareja estuvo a solas, la princesa, complacida por la generosidad de Jordi con su padre, pero un poco contrariada porque ya se veía en el papel de reina, le comentó: “Espero que no seas tan generoso con todo el mundo, porque acabas de renunciar a un trono”.

Jordi sonrió y le dijo: “Creo que no lo has pensado bien, solo he renunciado temporalmente y por buenos motivos. Ahora imagina... Después de la boda,

cargar con toda la responsabilidad de gobierno, asuntos de estado, embajadores Etc., y encima no tendríamos la colaboración de tu padre, que estaría de mal humor por haber perdido el cetro. Como príncipes tendremos casi los mismos privilegios y ninguna de las obligaciones, así podremos llevar una vida dorada y además el Rey estará agradecido por haberle dejado seguir reinando. Cuando sea viejo y no pueda ceñir la corona, ya nos ocuparemos de los asuntos de estado”.

“¿Sabes una cosa?”, le dijo la princesa: “Te quiero porque además de fuerte y valiente eres listo”.

FIN...